

Edith Wharton

Xingu y otros relatos

Xingu and Other Stories

Traducción de Laura Salas Rodríguez



PALABRERO PRESS

De la presente edición – This edition copyright © Palabrero Press, 2015
De la biografía y su traducción – Biographical note and its translation copyright
© Palabrero Press, 2015
De la traducción – Translation copyright © Laura Salas Rodríguez, 2015

Ilustración y diseño de cubierta – Illustration and cover design: Candy Martínez

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información, distribuida o transmitida por ningún medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin permiso – All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, distributed, or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, without permission

Palabrero Press
Han Hoekstrahof 133
1628WT Hoorn
Netherlands
www.palabreropress.com

«Xingu», publicado originalmente por *Scribner's* en 1911 –
“Xingu”, originally published in 1911 by *Scribner's*
«La elección», publicado originalmente por *The Century* en 1908 –
“The Choice”, originally published in 1908 by *The Century*
«Los otros dos», publicado originalmente por *Collier's Weekly* en 1904 –
“The Other Two”, originally published in 1904 by *Collier's Weekly*
«Los ojos», publicado originalmente por *Scribner's* en 1910 –
“The Eyes”, originally published in 1910 by *Scribner's*
«La casa de la mano muerta», publicado originalmente por *The Atlantic Monthly*
en 1904 – “The House of the Dead Hand”, originally published in 1904 by *The Atlantic Monthly*

ISBN: 978-94-91953-02-6
Depósito legal: S. 540-2015
IBIC: FYB
ISBN: 978-94-91953-05-7 (e-book)

Impreso por – Printed by: Kadmos
Impreso en España – Printed in Spain

Una nota sobre el texto

Esta es una edición moderna de todos los relatos incluidos en el libro, de ahí que se hayan realizado cambios en el texto original tanto en términos de la lengua como de la ortografía usadas.

A note on the text

This is a modern edition of all the stories included in the book, hence changes have been made to the original text in terms of both the language and spelling used.

Xingu

I

Mrs. Ballinger is a woman who likes to partake of high culture when in a group, as if it is dangerous to meet alone. To this end, she founded the Lunch Club, an association composed of herself and several other staunch huntresses of knowledge and culture. The Lunch Club, after three or four years of lunching and debate, had acquired a local characteristic—the entertainment of distinguished strangers became one of its accepted functions. The club duly extended an invitation to the celebrated “Osric Dane,” on the day she arrived in Hillbridge.

The club was to meet at Mrs. Ballinger’s house. The other members, behind her back, were all of the opinion that Mrs. Ballinger should give up her rights as hostess in favor of Mrs. Plinth, whose house was more impressive for entertaining celebrities; as Mrs. Leveret observed, there was always the picture gallery to fall back on.

Mrs. Plinth made no secret of sharing this view. She always considered it her duty to entertain the Lunch Club’s distinguished guests. Mrs. Plinth was almost as proud of her obligations as she was of her picture gallery; in fact, she used to say that one possession implied another, and that only someone with her wealth could afford to live up to a standard as high

Xingu

I

La señora Ballinger es una de esas mujeres a las que les gusta participar de la alta cultura solo en grupos, como si fuera peligroso encontrársela a solas. Con ese objetivo había creado el Club del Almuerzo, una asociación compuesta por ella misma y otras firmes seguidoras del conocimiento y la cultura. Tras tres o cuatro años de almuerzo y debate, el Club del Almuerzo obtuvo un privilegio local: recibir a los forasteros ilustres se convirtió en una de las funciones que se le atribuían. Como cabía esperar, el club extendió una invitación a la célebre Osric Dane para el día en que llegaba a Hillbridge.

El club debía reunirse en la casa de la señora Ballinger. Las demás integrantes, a sus espaldas, eran todas de la opinión de que la señora Ballinger debía renunciar a sus derechos como anfitriona en favor de la señora Plinth, cuya casa era más impresionante para recibir a celebridades; como señalaba la señora Leveret, siempre se podía recurrir a la galería de pinturas.

La señora Plinth no se molestó en ocultar su conformidad con ese punto de vista. Siempre había considerado que era su tarea recibir a los ilustres invitados del Club del Almuerzo. La señora Plinth estaba casi tan orgullosa de sus obligaciones como de su galería de pinturas; de hecho, solía decir que una posesión implicaba la otra y que solo alguien de su fortuna podía llevar un tren de vida como el que ella se había establecido.

as the one she set herself. According to her, a humble woman's fate merely lay in her sense of duty, which was adaptable to various ends. However, fate, which had predestined Mrs. Plinth to keep a footman, also intended for her to maintain an equally specialized staff of responsibilities. Therefore, it was more regrettable still that Mrs. Ballinger, whose obligations to society were limited by the narrow scope of only two parlormaids, had such a tenacious right to entertain Osric Dane.

For a month now, the question of Osric Dane's reception had profoundly moved the members of the Lunch Club. It was not that they felt inadequate to meet her, but their sense of opportunity made them feel uncertain, much like a woman who weighs the alternatives of a well-stocked wardrobe. Lesser members like Mrs. Leveret were anxious at the thought of exchanging ideas with the author of *The Wings of Death*; yet, no such forebodings disturbed Mrs. Plinth, Mrs. Ballinger, and Miss Van Vluyck. In fact, it was at Miss Van Vluyck's suggestion that *The Wings of Death* had been chosen as the subject of discussion at the last club meeting, and all members had been able to express their own opinions or appropriate whatever they liked from the comments of other members.

Mrs. Roby alone abstained from profiting from this opportunity; but it was now openly recognized that as a member of the Lunch Club, Mrs. Roby was a failure. "It all comes," as Miss Van Vluyck put it, "from accepting a woman solely based on a man's assessment." Mrs. Roby, returning to Hillbridge from a prolonged sojourn in exotic lands—the other ladies no longer took the trouble to remember where—had been heralded by the distinguished biologist, Professor Foreland, as the most charming woman he had ever met. The members of the Lunch Club, impressed by such a glowing compliment, which carried the weight of a diploma, had rashly assumed that the professor's social sympathies would follow the line of his professional bent, and had seized the chance of including a biological member to their club. They were completely

Según ella, el destino de una mujer humilde consistía únicamente en su sentido de la obligación, que podía adaptarse a varios propósitos. No obstante, el hado que predestinaba a la señora Plinth a tener un criado también le tenía reservada la responsabilidad de mantener toda una plantilla de personal cualificado. Así pues, era aún más lamentable que la señora Ballinger, cuyas obligaciones para con la sociedad se veían limitadas por el estrecho espectro de dos únicas criadas, se aferrara con tanta tenacidad al derecho de recibir a Osric Dane.

Desde hacía un mes, la cuestión de la recepción de Osric Dane tenía alborotadas a las socias del Club del Almuerzo. No es que la idea de conocerla les hiciera sentir poca cosa, sino que ser conscientes de la oportunidad les creaba inseguridad, como una mujer que sopesa las alternativas de un guardarropa bien equipado. A las socias menos importantes, como la señora Leveret, les llenaba de ansiedad la idea de intercambiar opiniones con la autora de *Las alas de la muerte*; sin embargo, ningún mal presentimiento perturbaba a la señora Plinth ni a la señora Ballinger, y tampoco a la señorita Van Vluyck. De hecho, había sido la señorita Van Vluyck quien había sugerido que *Las alas de la muerte* fuera escogido como tema de debate en la última reunión del club, y todas las integrantes habían tenido la oportunidad de expresar sus propias opiniones o de apropiarse de lo que les gustara de los comentarios de otras socias.

Tan solo la señora Roby se había abstenido de aprovechar la ocasión; pero como ya se reconocía abiertamente, la señora Roby era un fracaso como socia del Club del Almuerzo. «Eso nos pasa—decía la señorita Van Vluyck— por aceptar a una mujer basándonos tan solo en la valoración de un hombre». Un distinguido biólogo, el profesor Foreland, había calificado a la señora Roby, de regreso en Hillbridge tras una prolongada estancia en tierras exóticas (el resto de señoras ya no se molestaba en recordar dónde), como la mujer más encantadora que jamás había conocido. Las socias del Club del Almuerzo, impresionadas ante un halago que llevaba la garantía de un título universitario, habían supuesto con precipitación que las simpatías sociales del profesor seguirían la línea de sus aptitudes profesionales y habían aprovechado la oportunidad de incluir a una socia bióloga en el grupo.

disillusioned. At Miss Van Vluyck's first offhand mention of the pterodactyl, Mrs. Roby confusedly murmured: "I know so little about meters." After that painful betrayal of incompetence, she had prudently withdrawn from further participation in the mental gymnastics of the club.

"I suppose she flattered him," Miss Van Vluyck summed up, "or else it's the way she does her hair."

Miss Van Vluyck's dining room was small, thereby restricting the membership of the club to six; therefore, one member's failure to mingle posed a serious obstacle to the exchange of ideas, and members had already expressed some wonder that Mrs. Roby was living, as it were, on the intellectual bounty of the others. This feeling was increased by the discovery that she had not yet read *The Wings of Death*. She mentioned having heard the name of Osric Dane, but that—incredible as it appeared—was the extent of her acquaintance with the celebrated novelist. The ladies could not conceal their surprise; but, Mrs. Ballinger, whose pride in the club made her wish to put even Mrs. Roby in the best possible light, gently insinuated that, although she did not have the time to acquaint herself with *The Wings of Death*, she must at least be familiar with its equally remarkable predecessor, *The Supreme Instant*.

Mrs. Roby wrinkled her sunny brows in a conscientious effort to remember *The Supreme Instant*. She recalled that indeed she had seen the book at her brother's house, when she was staying with him in Brazil. She had even carried it with her once to a boating party with the intention of reading it; but they had all started throwing things at each other on the boat, and the book had unfortunately gone overboard, so she never had the chance to read it.

The picture evoked by this anecdote did not increase Mrs. Roby's credit with the club and there followed a painful pause that was broken by Mrs. Plinth:

"I can understand that with all your other pursuits you would not find much time for reading, but I would have

Fue una tremenda desilusión. La primera vez que la señorita Van Vluyck mencionó despreocupada el pterodáctilo, la señora Roby murmuró llena de confusión: «Sé tan poco sobre métrica...». Tras traicionar su incompetencia de modo tan doloroso, se había abstenido, llena de prudencia, de participar más en la gimnasia mental del grupo.

—Supongo que lo adularía —resumió la señorita Van Vluyck—; o si no, será su peinado.

El comedor de la señorita Van Vluyck era pequeño y por ello, el club no debía superar las seis socias; luego el hecho de que una de las participantes no consiguiera alternar con las demás planteaba un serio problema en el intercambio de ideas, y las demás integrantes ya habían declarado con cierta sorpresa que la señora Roby se alimentaba, de alguna manera, de los dones intelectuales de las demás. Esta sensación se incrementó al descubrir que no se había leído todavía *Las alas de la muerte*. Mencionó haber oído el nombre de Osric Dane, pero hasta ahí, por increíble que pareciera, llegaba su familiaridad con la celebrada novelista. Las demás señoras fueron incapaces de ocultar su sorpresa; pero la señora Ballinger, a quien el orgullo que sentía por el club la hacía querer dejar en el mejor lugar posible incluso a la señora Roby, insinuó con amabilidad que, aunque no hubiese tenido tiempo de familiarizarse con *Las alas de la muerte*, al menos debía de conocer la novela anterior, de igual prestigio, *El instante supremo*.

La señora Roby frunció sus despreocupadas cejas en un concienzudo esfuerzo por recordar *El instante supremo*. En efecto, recordaba haber visto el libro en casa de su hermano cuando fue a visitarlo a Brasil. Incluso se lo había llevado consigo un día a una excursión en barco; pero a bordo habían empezado a tirarse cosas los unos a los otros y, por desgracia, el libro había caído por la borda, así que no había tenido la oportunidad de leerlo.

La imagen evocada por esta anécdota no ayudó a enmendar la reputación de la señora Roby en el club, y siguió una dolorosa pausa que la señora Plinth rompió:

—Puedo entender que, con tantas actividades, no encontrara mucho tiempo para leer, pero al menos podría haber hecho un

thought you might at least have made the time to read *The Wings of Death* before Osric Dane's arrival."

Mrs. Roby took this rebuke good-naturedly. She had meant, she stated, to glance through the book, but she had been so absorbed in a novel by Trollope that she did not find the time.

"No one reads Trollope now," Mrs. Ballinger interrupted.

Mrs. Roby looked upset.

"I'm only just beginning," she confessed.

"And does he interest you?" Mrs. Plinth enquired.

"He amuses me."

"Amusement," said Mrs. Plinth, "is not what I look for in my books."

"Oh, certainly, *The Wings of Death* is not amusing," ventured Mrs. Leveret, who put forward her opinions in the same way as an obliging salesman who has a variety of other styles to offer if his first selection is not a good match.

"Was it meant to be?" enquired Mrs. Plinth, who was fond of asking rhetorical questions, "Assuredly not."

"Assuredly not—that is what I was going to say," assented Mrs. Leveret, hastily rolling up her opinion and reaching for another. "It was meant to—to elevate."

Miss Van Vluyck adjusted her glasses as though they were the black cap of condemnation.

"I hardly see," she interjected, "how a book steeped in such bitter pessimism can be said to elevate and not to instruct."

"I meant, of course, to instruct," said Mrs. Leveret, caught by the unexpected distinction between two terms she had thought to be synonymous. Mrs. Leveret's enjoyment of the Lunch Club was frequently marred by such surprises. She sometimes doubted her worthiness to join in their debates because she did not know her own value to the other ladies, which was a mirror for their mental complacency. The only thing that saved her from a sense of hopeless inferiority was that she had a dull sister who thought she was clever.

hueco para leer *Las alas de la muerte* antes de la llegada de Osric Dane.

La señora Roby se tomó con buen humor el reproche. Tenía la intención, declaró, de echarle un vistazo al libro, pero había estado tan absorta en una novela de Trollope que no le había quedado tiempo.

—Nadie lee en estos días a Trollope —interrumpió la señora Ballinger.

La señora Roby pareció molesta.

—Acabo de empezar —confesó.

—¿Y le interesa? —inquirió la señora Plinth.

—Me divierte.

—La diversión —dijo la señora Plinth— no es lo que yo persigo en mis lecturas.

—Bueno, claro, *Las alas de la muerte* no es divertido —aventuró la señora Leveret, que expresaba sus opiniones en el tono de un vendedor servicial que dispone de una gran variedad de estilos en caso de que su primera elección no sea la adecuada.

—¿Tenía que serlo? —inquirió la señora Plinth, aficionada a hacer preguntas retóricas—. Por supuesto que no.

—Por supuesto que no. Eso es lo que yo iba a decir —asintió la señora Leveret, recogiendo a toda prisa su opinión y echando mano de otra—. Tenía que ser... elevado.

La señorita Van Vluyck se ajustó las gafas, como si fueran el martillo de un juez que anuncia una sentencia de muerte.

—No acabo de ver —interrumpió— cómo un libro impregnado de tan profundo pesimismo puede considerarse elevado y no instructivo.

—Por supuesto, quería decir instructivo —corrigió la señora Leveret, sorprendida por la inesperada distinción entre dos términos que hasta entonces había considerado sinónimos. El entretenimiento de la señora Leveret en el Club del Almuerzo se veía con frecuencia mermado por tales sorpresas. A veces ponía en duda su capacidad para participar en los debates porque no tenía conciencia de sus propios méritos, que consistían en ser un espejo para la complacencia mental de las demás damas. Lo único que la salvaba de un desesperado sentimiento

“Do they get married in the end?” Mrs. Roby interposed.

“They—who?” the Lunch Club collectively exclaimed.

“Well, the girl and the man. It’s a novel, isn’t it? To me, that’s the one thing that matters. If they’re parted, it spoils my dinner.”

Mrs. Plinth and Mrs. Ballinger exchanged scandalized glances, and the latter said:

“I would not advise you to read *The Wings of Death* with that outlook. When there are so many books to read, I wonder how anyone can find time for books that are merely amusing.”

“The beautiful part of it,” Laura Glyde murmured, “is surely just this—that no one can tell how *The Wings of Death* ends. Osric Dane, overcome by the awful significance of her own meaning, has thankfully veiled it—perhaps even from herself—just as Apelles, in his representation of the sacrifice of Iphigenia, veiled the face of Agamemnon.”¹

“What’s that? Is it poetry?” whispered Mrs. Leveret to Mrs. Plinth, who coldly replied:

“You should look it up. I always look things up.” Although through her tone, she added, “Though I might just as easily have the footman look it up for me.”

“I was about to say,” Miss Van Vluyck resumed, “that the most important question is whether a book can instruct, unless it elevates.”

“Oh—” murmured Mrs. Leveret, now feeling herself hopelessly astray.

“I don’t know,” said Mrs. Ballinger, who sensed that Miss Van Vluyck was attempting to devalue the coveted distinction of entertaining Osric Dane; “I don’t think such a question can seriously be raised when it comes to a book that has attracted more attention among thoughtful people than any novel since *Robert Elsmere*.”

1 In Greek mythology, Agamemnon was the king of Mycenae who led the expedition against Troy. After assembling a fleet, this was prevented from sailing because he had somehow offended the goddess Artemis. In order to appease her wrath, Agamemnon was forced to sacrifice his daughter Iphigenia.

de inferioridad era que tenía una hermana tonta que la consideraba lista.

—¿Se casan al final? —interrumpió la señora Roby.

—¿Quiénes? —exclamó el Club del Almuerzo al unísono.

—Pues la chica y el hombre. Es una novela, ¿no? A mí eso es lo único que me importa. Si se separan, se me arruina la cena.

La señora Plinth y la señora Ballinger intercambiaron unas miradas escandalizadas, y esta última dijo:

—No le aconsejo que lea *Las alas de la muerte* bajo ese prisma. Habiendo tantos libros para leer, me pregunto cómo la gente encuentra tiempo para libros que se limitan a entretener.

—Lo bonito —murmuró Laura Glyde— es justo eso, que nadie puede decir cómo termina *Las alas de la muerte*. Osric Dane, abrumada por la terrible relevancia de su mensaje, por fortuna lo ha ocultado, quizás incluso ante sí misma, al igual que Apeles ocultó la cara de Agamenón al representar el sacrificio de Ifigenia.¹

—¿Qué es eso? ¿Poesía? —susurró la señora Leveret a la señora Plinth, que respondió con frialdad:

—Debería buscarlo. Yo siempre busco las cosas. —Pero su tono parecía añadir: «Aunque podría decirle al criado que me las buscase».

—Estaba a punto de decir —resumió la señorita Van Vluyck— que la pregunta más importante es si un libro puede instruir si no eleva.

—Ah —murmuró la señora Leveret, sintiéndose irremediablemente perdida en aquel momento.

—No lo sé —dijo la señora Ballinger, que tenía la sensación de que la señorita Van Vluyck buscaba subestimar la codiciada distinción de recibir a Osric Dane—; no creo que pueda plantearse seriamente una pregunta de ese tipo cuando hablamos de una novela que ha llamado la atención de los intelectuales más que ninguna otra desde *Robert Elsmere*.

1 En la mitología griega, Agamenón fue el rey de Micenas que lideró la expedición contra Troya. Tras reunir una flota, esta no pudo partir porque había ofendido de algún modo a la diosa Artemis. Para calmar su ira, Agamenón se vio obligado a sacrificar a su hija Ifigenia.

“Oh, but don’t you see,” exclaimed Laura Glyde, “it’s the dark hopelessness of it all—the wonderful tone-scheme of black on black—that makes it such an artistic achievement. I was reminded when I read of Prince Rupert’s *manière noire* . . . ;² the book is etched, not painted, and still you can feel the color values so intensely . . .”

“Who is he?” Mrs. Leveret whispered to her neighbor. “Someone she met abroad?”

“The wonderful part of the book,” Mrs. Ballinger conceded, “is that it can be looked at from so many points of view. As a study of determinism, Professor Lupton ranks it with *The Data of Ethics*.”

“I’m told that Osric Dane spent ten years in preparatory studies before beginning to write it,” said Mrs. Plinth. “She looks up everything—verifies everything. This has always been my principle, as you know. Nothing can tempt me to put aside a book before I’ve finished reading it just because I can buy as many more as I want.”

“And what do *you* think of *The Wings of Death*?” Mrs. Roby abruptly asked her.

This sort of question was completely out of line, and the ladies glanced at each other as though denying any share in this act. They all knew that there was nothing Mrs. Plinth disliked so much as being asked her opinion of a book. Books were written to read; once they were read, what more could be expected? She was outraged at being questioned in detail about the contents of a book, as though she had been searched for smuggling laces at the customhouse. The club had always respected this idiosyncrasy of Mrs. Plinth. Her opinions were imposing and substantial: her mind, like her house, was furnished with monumental “pieces” that were not meant to be disarranged. One of the unwritten rules of the Lunch Club

² This refers to an engraving technique invented by the German engraver Ludwig von Siegen (1609–c.1680).

—Pero ¿no se dan cuenta? —exclamó Laura Glyde—. Es su oscura desesperación, el maravilloso esquema tonal de negro sobre negro, lo que lo convierte en un gran logro artístico. Me recordó a cuando leí acerca del grabado a media tinta del príncipe Ruperto...;² el libro está grabado, no pintado, y aun así se siente con tanta intensidad el valor del color...

—¿Y ese quién es? —susurró la señora Leveret a su vecina—. ¿Alguien a quien conoció en el extranjero?

—Lo maravilloso del libro —concedió la señora Ballinger— es que puede contemplarse desde múltiples puntos de vista. En tanto que estudio del determinismo, el profesor Lupton lo equipara con los *Principios de Ética*.

—Me han dicho que Osric Dane pasó diez años con investigaciones preliminares antes de empezar a escribirlo —dijo la señora Plinth—. Lo busca todo, lo comprueba todo. Ese ha sido siempre mi principio, ya lo saben. Nada consigue que deje de lado un libro antes de terminar de leerlo solo porque pueda comprarme todos los que quiera.

—Y ¿qué piensa usted de *Las alas de la muerte*? —le preguntó de pronto la señora Roby.

Ese tipo de pregunta estaba por completo fuera de lugar, y las damas se miraron entre sí como para negar cualquier participación en aquel hecho. Todas sabían que no había nada que disgustase tanto a la señora Plinth como que le preguntaran su opinión acerca de un libro. Los libros se escribían para ser leídos; una vez leídos, ¿qué más podía esperarse? Le indignaba que le preguntasen detalles acerca del contenido de un libro tanto como si la hubieran registrado en la aduana en busca de encajes. El club siempre había respetado esa idiosincrasia de la señora Plinth. Sus opiniones eran imponentes y sustanciales; su mente, al igual que su casa, estaba amueblada con piezas monumentales que no debían ser descolocadas. Una de las reglas tácitas del Club del Almuerzo era que en su propia casa, debían respetarse los pensamientos de cada una de las socias.

² Esta técnica de grabado fue inventada por el grabador alemán Ludwig von Siegen (1609–c.1680).